

SETECIENTOS MILLONES DE RINOCERONTES

Manuel Vilas

Fragmento del 1er capítulo

Vivir es un rinoceronte

Las danzas de la vida son historias que yo cuento. Cuento historias que hablan de bailar mientras nuestras vidas duran. Estaba pensando en la vida como un humilde e inexpresivo baile en el tiempo. Un baile de rinocerontes, de seres corpulentos. En el cuerpo de los rinocerontes, en la masa tangible, está contenido todo: el amor a los padres, el amor a las ciudades, el amor al hecho físico de respirar, el amor a la locura, el amor a la soledad, el amor al amor. Las danzas de la vida tatuadas en la parsimonia hierática y misteriosa de un rinoceronte.

Setecientos millones de rinocerontes es un manual paliativo para personas que hayan sufrido algunos de los padecimientos psicológicos avanzados que en este libro se detallan, especialmente el simple y llano padecimiento de vivir, de estar vivo, y sus infinitos derivados, algunos aún por catalogar.

En realidad, yo llamo trastorno del rinoceronte al hecho en sí de existir, de vivir, de pasar por este mundo.

El rinoceronte es el animal totémico del siglo XXI. Su pasividad ante el incendio de la raza humana es nuestra pasividad.

El rinoceronte es el estado sólido de la existencia. Materialmente, existir es un rinoceronte.

Porque los rinocerontes se caracterizan por su gran tamaño. La existencia de los seres humanos es un megarrinoceronte.

El escritor rumano Eugène Ionesco escribió una obra de teatro titulada Rinoceronte, donde se maltrataba a este animal. Fue denunciado por ello y hubo una condena a muerte que no se cumplió, injustamente.

Como digo, Ionesco fue llevado a los tribunales por maltrato animal. Este hombre, que escribió en francés y no en rumano, pues si hubiera escrito en rumano, su maltrato a los rinocerontes habría pasado desapercibido, pensaba que los rinocerontes son seres abominables.

No sé si recuerdan ustedes que en el siglo XX florecieron unos señores extremadamente malignos llamados Stalin y Hitler. Pues bien, Ionesco pensó que los seres humanos, por influjo de Stalin y de Hitler, nos convertimos en gregarios rinocerontes.

Estaba equivocado.

El rinoceronte es amor, es dulzura y es pasión.

Mucha gente que ha sido declarada médicamente muerta y que de forma milagrosa ha vuelto a la vida dice haber visto una luz.

De entre estos regresados hay unos pocos que, bien porque han recibido el don de la iluminación, bien porque permanecieron muertos más tiempo, lograron ver qué había un poco más allá de la luz. Y un poco más allá de la luz, cuando consigues ver qué hay detrás de esa alegórica luz, te topas con una manada de setecientos millones de rinocerontes.

Es una medida justa: setecientos millones.

Los rinocerontes viven como nosotros, pueden llegar a los ochenta años.

Pueden alcanzar un peso de tres mil seiscientos kilos. Es verdad que los elefantes pesan más, pero los elefantes no encierran el significado de la existencia humana.

Y además, los elefantes no nos interesan.

Están muy vistos. Todos los circos de la Tierra tienen elefantes. Y los zoos también.

El rinoceronte, en cambio, ha sido incomprensiblemente desplazado, orillado. El rinoceronte es un ser resplandeciente, luminoso, sencillo y noble.

El rinoceronte, como los mejores seres humanos, es un animal solitario. Siempre ha estado aquí, en la Tierra. Deja de ser solitario si se encuentra a otro rinoceronte con el que valga la pena estar.

El rinoceronte hembra se llama abada.

Claro que vivir es desamor, es alucinación, es deterioro, es matrimonio, es familia, es crimen, es alegría y es barra libre, es «champán para todos».

Vivir es un rinoceronte.

Llamamos rinoceronte a la oxidación, al envejecimiento, a la avería, a la catástrofe.

Igualmente, llamamos rinoceronte al júbilo, a la belleza, a la pasión, a la fraternidad.

El misterio de vivir es un rinoceronte.

En efecto, querido lector, estás ante un libro de autoayuda para alcohólicos impenitentes, que no anónimos.

Soy un ferviente defensor de la antisiquiatría cósmica, porque el universo, con sus planetas y sus galaxias, también está trastornado.

Cómo explicar todos esos fenómenos físicos que acontecen en el espacio sideral sino como trastorno de la materia, y de la antimateria.

Porque la antimateria aún está más trastornada que la materia, si es que esto es posible física o matemáticamente.

Yo creo que nadie está loco, como mucho puede estar borracho, que ya es suficiente en términos globales.

Pero la dipsomanía no debe ser culpabilizada. Pues en verdad los seres humanos somos criaturas inclasificables, originales y en extremo ebrias.

Hace doce años obtuve el título de licenciado en Psicología Clínica por la Universidad Nacional de Educación a Distancia, en el Centro Asociado de Teruel. Hace tiempo, los políticos en España pensaron que estaba bien que la gente estudiase carreras universitarias a distancia e inventaron la UNED. En alguna medida, esos políticos y profesores fueron pioneros del mundo virtual y del mundo líquido, del mundo ingrátido en el que vivimos todos ahora. De ahí que haya tantos trastornos psicológicos, filosóficos y vitales.

Teruel es una ciudad española (bastante desconocida, está situada al noreste peninsular, más o menos) en la que yo vivía en aquellos años. Obtuve mi licenciatura turolense con excelentes calificaciones, dada la calidad de mi prosa especulativa.

Hace diez años que me dedico profesionalmente a la psicología clínica en la ciudad de Cádiz. Cádiz también es una ciudad española; Cádiz, en concreto, cae en el sur peninsular, muy al sur diría yo, a diferencia de Teruel, que, como ya he dicho, cae en el noreste peninsular.

Este libro, por consiguiente, surge de mi dilatada práctica profesional, después de haber oído con detenimiento y con cariño a muchos de mis pacientes. Casi todos dipsómanos.

Detrás de cada uno de los testimonios que componen Setecientos millones de rinocerontes hay un paciente, y por tanto un excelentísimo ser humano en el que late la extrema carnalidad y la extrema y contundente materia de un rinoceronte blanco; late, como digo, un ser humano a quien traté en mi diván y a quien por supuesto no curé, porque la vida y el rinoceronte no tienen cura alguna.

Bueno, diván no tenía, eran muy caros. Tenía un sofá normal, que compré en Ikea, pero daba el pego.

Prosigamos: cómo va a tener cura la vida, permitan que me ría un poco, siendo la risa otro de los más célebres y aplaudidos trastornos.

Como es obvio, todos mis pacientes están muertos. Y el presente libro se publica a título póstumo. Padezco una enfermedad terminal.

Mi última voluntad es, precisamente, que este libro vea la luz una vez que yo ya no esté en este mundo y así ya no pueda seguir trastornándome.

Quisiera ser recordado por esta máxima: «Vivir es convertirse en un rinoceronte». Todo ser humano llega al último suspiro de su vida metamorfoseado en un ser completamente distinto del que pudo llegar a imaginar en su más tierna infancia o sediciosa adolescencia o indómita juventud, porque vivir es dejar de ser el que se fue para siempre, es cambiarse, es rodar, y rodar por carreteras secundarias y caminos vecinales y autopistas internacionales y por calles y por aceras y por pasillos sin nombre; vivir es una transformación y un desgaste.

Nunca volverás a ser quien fuiste.

Y puede que no soportes eso. Puede que no soportes la presencia de ese rinoceronte.

Vivir es convertirse en setecientos millones de rinocerontes.

Las ruedas de un coche se gastan y se trastornan.

Y el trastorno es la gracia de la vida, una gracia dura, muy dura, pero gracia al fin y al cabo. Si no te desordenas, hermano, es que no has vivido.

Desconfía de aquellos seres que siempre vivieron bajo el orden.

Dios mismo se trastornó tanto que creó al rinoceronte, una muestra obvia de su furioso trastorno.

Es allí adonde quería ir a parar: es aceptable y normal que existan perros, gatos, pájaros, ciervos, tigres, monos, mosquitos, osos y lobos.

Pero la existencia del rinoceronte manifiesta una desviación de la Naturaleza, es un animal gratuito.

La Naturaleza creó al rinoceronte como un recordatorio poético.

La Naturaleza se desordenó y creó al rinoceronte.

El hombre se trastornó a imagen de Dios y creó la Historia y, en fin, pongamos aquí un largo etcétera.

Y vayan estas líneas exclusivamente para ti, amor de mi vida, mi dulce X., y vayan para ti porque deseo decirte que el trastorno no es insania, ya sé que me viste muchas veces al borde de los más altos acantilados, como un mesías lóbrego, aunque agosto.

Tú, mi abada.

Te diré, dulce X., que el trastorno es pasar de la normalidad a la excepcionalidad, del orden gris y acartonado a la festividad sustancial e imprevisible del rinoceronte.

Todo ser humano tiene derecho a ser libre y a estar enamorado.

Por tanto, todo ser humano tiene derecho a convertirse en un rinoceronte.

Todo ser humano tiene derecho a emprender un viaje hacia lo desconocido, hacia las Indias, hacia África y Asia, hacia el horizonte marino, hacia el ceremonioso unicornio, para saber qué hay más allá de ese horizonte que los océanos esconden.

Pensé que una buena metáfora de la vida vivida eran setecientos millones de rinocerontes rompiendo la luz.

La memoria es eso, setecientos millones de rinocerontes a la vez.

Conviértete en un rinoceronte.

El rinoceronte es un trastorno enamorado.

Trastórnate. Es delicioso.

CRISTÓBAL COLÓN

En la ciudad de Cádiz,

a 4 de marzo de 2021

1. Rinocerontes en familia

Recojo a continuación testimonios de rinocerontes que vivieron sumergidos en las densas profundidades o tinieblas de maravillosas y, por supuesto, trastornadas familias de rinocerontes.

La familia trastorna muchísimo, ya lo creo.

Son tres confesiones de rinocerontes que hablan, a saber: la primera se titula «El hígado errante» y la originó un rinoceronte dipsómano que fundía en un solo ser (bajo el palio de la dipsomanía) a su padre, a su abuelo y a su propio hijo; todos eran alcohólicos, todos eran rinocerontes de Sumatra, pero unos rinocerontes alcohólicos excelentes, deliciosos. Es una confesión trágica, breve y con su punto lisérgico.

La segunda confesión se titula «Lago Michigan» y es algo terrorífica: la historia de un padre, gran rinoceronte negro, y su hijo, un rinoceronte blanco, ajenos a la consumación de la carne, un hijo viejísimo y un padre, obviamente, mucho más viejo. Rinocerontes viejos en Chicago.

La tercera se titula «Tres urnas»: es la más afligida, la más emocionante, es tan profunda que siempre lloro cuando la leo. Una hermosa historia de rinocerontes hermanos. La hermandad de los rinocerontes.

El hígado errante

Te recuerdo, papá, con la copa en la mano, celebrando cualquier estupidez. Tengo recuerdos muy precisos de ti, mamá, y de ti, papá. ¿Qué os pasó, si éramos tan felices? Estáis bajo la tierra los dos, solo yo levanto la memoria de esta familia, porque éramos una familia. Levanto la memoria como si levantara el mismísimo Titanic, aquel buque que se hundió en 1912 en el Atlántico Norte y cuya aventura trágica sirvió de argumento a cientos de películas detestables y absurdas. Y Francisco, mi hermano pequeño, ¿sabéis qué fue de él? ¿Queréis saberlo? ¿Se lo comió un tiburón, tal vez? ¿O lo rumió un rinoceronte? Pero es a ti, papá, a quien recuerdo con la copa en la mano, y éramos felices. Nos llevabais a esquiar. Sí, a la nieve. Nos comprasteis esquíes de alta gama, y dormíamos en hoteles caros. Y yo os quería.

Todo ese tiempo que ha pasado, no sé; es diabólico que ya solo lo celebre yo.

Me gusta ir de vacaciones a vuestras tumbas.

Me gasté mucho dinero en conseguir que vuestros restos reposaran juntos en el cementerio de Benasque, un pueblo nevado del norte de España, cerca de una estación de esquí llamada Cerler.

¿Un capricho? Yo os amaba; ya sé que nunca os lo dije.

En Cerler, papi nos enseñaba a esquiar. Él era un gran esquiador. Nos alojábamos en el Gran Hotel de Benasque. Dormíamos los cuatro juntos, en una habitación cuádruple. Papi siempre comentaba lo difícil que era conseguir habitaciones cuádruples suficientemente grandes.

Tumbas caras, sobre las que se posan extraños pajarracos venidos de Australia.

Una noche en Benasque, en el año 728 antes de Cristo (sí, ya sé que no tiene ninguna gracia la broma, pero estoy convencido de que el tiempo no existe), cenamos en un restaurante los cuatro: tú, papá, tú, mamá, y tú, Francisco, mi hermano pequeño.

Era Navidad y estaba nevando.

Yo tenía doce años.

Me gustaba tanto miraros: la desintegración de vuestros globos oculares, su infierno despierto, las venas negras de los ojos rojos.

Y otra noche en la ciudad de Jaca, en Semana Santa, os vi daros un beso resplandeciente. Un beso que quemaba el horizonte podrido.

Te veo con la copa en la mano, saliendo a la terraza nevada de la habitación cuádruple el día de Año Nuevo y gritando: «Oh, qué maravilla de día, soy tan feliz». Y acto seguido ya buscabas algo que no era un café con leche, y así en un movimiento interminable hasta que, pasados los años, muchos años, te vi sin la copa en la mano.

Soy yo, papá.

Hola, papá, ¿vienes de entre los muertos, por eso no llevas la copa en la mano?

Todos los padres somos el mismo padre.

No estaría tan seguro. Vienes a que te cuente qué pasó con Francisco, ¿verdad? Bueno, tú sabías que yo saldría adelante, pero tenías tus dudas con Francisco. Cuando se funda una familia hay que permanecer en ella hasta el final, de lo contrario el amor se convierte en veneno y destrucción.

Estábamos tan unidos.

Yo estaba pensando en el año de 1972.

Yo estaba pensando, papá, en el año 2021. En aquel viaje a Nueva York, miro las fotos y te odio, papá.

Lo rompiste todo.

Tu adorado Francisco, el ser al que más amabas en este mundo, ¿verdad, papi?, tu adorado Francisco se perdió en la noche de la vida que tú exaltabas tanto; ¿entiendes, hijodeputa?; mamá ya no dice nada.

Solo yo hablo, hablo y hablo, por hablar.

Pero sí, éramos una familia. Tú no supiste darte cuenta de nada, y yo tampoco, ¿sabes, papi?, tengo cincuenta y dos años y estoy tan solo como cuando a ti te dio el infarto en casa de tu amante y agonizaste durante una semana en un hospital horrible de Madrid.

Mamá no se volvió a casar.

Murió tres meses después.

Se tiró por la ventana.

Se volvió loca.

Ya no tengo dinero para pagar el alquiler de vuestros nichos. Vais a la fosa común, pero eso importa poco. Aquel esplendor de las montañas nevadas. Nos llevabais a esquiar, lo pagabais todo. ¿Éramos ricos? Bueno, ya no tengo dinero, me lo gasté en lo mismo que tú, papá. Pero lo bueno de la Historia y de los años es que nunca

queda nada. Pasado el tiempo, la felicidad y el fracaso acaban en el mismo sitio, en el mismo silencio. Y eso me pone a mil. Parece un hediondo pacto con el diablo, o con quien sea.

Acudisteis con Francisco al bautizo de mi hijo Alberto.

Ya soy abuelo, dijiste.

Y dos años después estabas muerto.

Y ahora yo estoy donde tú estás. Me conducen en una ambulancia, ya inerte. De Alberto no sé nada. Se fue con su madre. De Francisco ya no sé nada. Se fue directamente al abismo. Nadie lo volvió a ver. En cuanto a mamá, ya sabes lo que pasó.

Todos podremos vernos en ese instante. Tal vez sea un don concedido a los «papás». En ese instante es como si se abriera el tiempo. Tú me ves, inerte, en la ambulancia, ya fallecido. Yo te vi.

Y ahora mismo estoy viendo a Alberto, igual que nosotros. Tendremos que esperar acaso a que al hijo de Alberto le vaya mejor. ¿Tú qué piensas?

No creo, dices, papá, que le vaya mejor.

¿Una maldición entonces?, digo yo.

No, una casualidad, simplemente, una fatalidad.

Es duro morir así.

Ya da igual, no te das cuenta de que ya da igual.

Sí, me doy cuenta de que las familias son un ente vivo, un ser maravilloso, las familias unidas son una sola persona, una sola memoria, y mueren como un solo ser.

Lo malo es cuando queda vivo un único integrante de una familia: es como si de un hombre tan solo quedase viva la cabeza, o una pierna, o un hígado palpitando en la oscuridad, a la búsqueda de su lugar en un cuerpo del que él es el único testimonio.

Precisamente el hígado, dijiste, con la copa en la mano, mientras una manada de setecientos millones de rinocerontes blancos dilatava tu pupila.

Lago Michigan

Tenía algo de pasta, unos miles de euros, casi cuatro mil. Miré ofertas de vuelos, quería irme simplemente, luego ya vería. De momento, me largaba. Decidí no hacer planes que excedieran el día. Es decir, veinticuatro horas. Más allá de veinticuatro horas no existían la vida ni el mundo. Eso me pareció una cosa sensata.

Vi un vuelo directo a Chicago; ah, vale, me voy a Chicago. Pagué con mi tarjeta de crédito. Hice una maleta con algo de ropa. No tenía alojamiento en Chicago, pero eso ya se vería luego. Cogí el autobús que lleva a la T4 de Barajas. Y durante el vuelo vi un par de películas absurdas y un documental sobre dos rinocerontes en peligro de extinción.

Me gustaba la idea de que estábamos cruzando el océano. Me quedé dormido. Soñé con esos dos rinocerontes que se estaban muriendo. Oía su furor agónico. Los dos últimos representantes de su raza.

Los dos últimos paquidermos.

Los dos últimos perisodáctilos.

El vuelo duraba nueve horas. Comí. Volaba con Iberia. No sé, ya estábamos llegando. Entonces vi desde la ventanilla del avión el lago Michigan. Y pensé que qué hacía allí tanta agua; daba la sensación de que más que un lago era un mar. No se sabía lo que era. Me obsesioné con ese lago.

¿Qué demonios hacía allí tanta agua, si no era un mar?

Sin duda, allí había un mensaje oculto que debería resolver en las próximas veinticuatro horas. Tenía que ser necesariamente en las próximas veinticuatro horas, porque mi vida ya ocurría en esos plazos.

No había facturado.

La policía estadounidense me retuvo en la aduana. Un policía gigantesco, obeso y con una nariz prominente me preguntó por Gabriel García Márquez al ver mi pasaporte español. Parecía un rinoceronte. Me dijo que Gabriel García Márquez había muerto. Yo le dije que no sabía quién era Gabriel García Márquez y que ignoraba por completo que hubiera fallecido; quiero decir que al no conocer a Gabriel García Márquez, el acontecimiento de su muerte no tenía significado para mí; si te dicen que se ha muerto una persona a la que no conoces de nada, naturalmente tu reacción ha de ser ninguna, ninguna reacción.

Como mucho una mueca triste de cortesía profesional con el asunto de la muerte: de modo que le di el pésame, pues me pareció que ese tal Gabriel García Márquez era familia del policía. Todo, obviamente, en un inglés británico impecable, que es una de las varias lenguas que hablo.

Le dije que yo solo conocía a un muerto, y este muerto era uno de los muertos más clásicos de España, pues entendí que estábamos hablando de muertos con nombres españoles.

Le dije que el único muerto al que recordaba era Rodrigo Díaz de Vivar. Esto ya se lo dije en un inglés con un salvaje acento jamaicano.

El policía quiso sacarse el muerto de encima, dijo que no era de su familia, que a qué venía semejante conjetura. Le dije que por un momento había pensado que era su cuñado. El policía se ofendió; le parecía humillante que le adjudicase un muerto que no le correspondía. «Bueno —dije—, tú has empezado preguntando, qué quieres que te diga, yo he obrado de buena fe, he pensado que era un fallecido de tu familia, y de verdad que cuando te he dado el pésame lo he hecho con todo mi buen corazón y principalmente pensando en tus sobrinos, los hijos de tu cuñado Gabriel García Márquez; lo habéis tenido que pasar muy mal, comprendo que no te apetezca hablar de eso, pero lo que no entiendo es por qué me has preguntado si conocía a tu hermano, y a su hijo Gabriel García Márquez; la verdad es que la muerte de un hijo nos desangra el corazón».

De repente, le dije lo mismo en árabe clásico.

Me puse a hablar en árabe clásico con el policía.

Otra vez volvía a verlo como un rinoceronte, por eso le dije: «Alá no perdonará tu obesidad, porque es fruto de la molicie y de la falta de respeto a la santa vida que los

cielos, en un momento de despiste, te dieron, oh, alma perdida en este trabajo de guardián de la entrada del lago Michigan. Has de saber, alma sagrada, que yo solo vengo a ver el lago Michigan».

Luego se lo traduje al inglés.

Luego al francés.

Me gusta mucho hablar francés en donde se supone que uno debe hablar inglés. Finalmente, me puse a hablar en italiano.

Todo esto, obviamente, me ocasionó pintorescos problemas con la policía de inmigración.

Me llevaron a un cuarto y me ofrecieron un café. Les dije en alemán que prefería una horchata de chufa en vez de un café. Entonces vino un policía que hablaba alemán: un negro muy flaco de un metro setenta escaso.

Le pregunté en ruso a este negro si con solo un metro setenta se podía acceder a un puesto de trabajo tan prestigioso y tan fabuloso como era la custodia de la soledad inextricable del lago Michigan.

Vi que este policía también tenía una nariz prominente, y una cara ancha, con rasgos secos, que le daban aspecto de ser otro rinoceronte.

Volví a hablarles en inglés porque era evidente que allí no había ningún apóstol que gozase del don de lenguas, instituido por Jesucristo hace no dos mil años, sino setecientos sesenta y ocho mil años: mi edad.

Me dejaron marchar.

Estuve retenido casi veinticuatro horas, cosa que me hizo temblar, pero cuando se cumplía la hora veintitrés y treinta y ocho minutos ya estaba en la salida del aeropuerto.

Entretanto, no sabían qué comida ofrecerme, dada mi variedad de lenguas. Llegaron a obsequiarme hasta con un cuscús, creyéndome marroquí. En ese sentido, yo les pedí en polaco si podían traermme un rosbif con mantequilla. El polaco es una lengua estupenda para pedir un rosbif con mantequilla, acompañado de una excelente y bien fría Coca-Cola Zero.

Bien, sigamos: me subí a un taxi y le dije al taxista que me llevara a un buen hotel. Me habló de varios.

Elegí uno del año 29, el Carbide and Carbon Building.

Me dieron una habitación en el piso 23.

Me duché, me cambié de ropa y me fui a ver el lago Michigan.

Han construido una playa artificial. Era el mes de marzo y hacía mucho frío. No había nadie allí, en la playa artificial. No me fijé en los rascacielos. Quería hablar con el agua. Saber qué hacía allí. Esperé a que anocheciera. Llevaba una bolsa con dos grandes toallas del hotel, un secador que funcionaba con pilas, gafas de bucear y unas chanclas. El secador con pilas lo había comprado en las fabulosas tiendas del hotel.

Me enfureció que hubiera que comprar las pilas aparte.

Me puse el bañador y comencé a meterme en el agua. Estaba helado yo y el agua también; y había olas. Seguramente, iba a morir ahogado.

En ese instante, oí una voz que me llamaba desde la playa.

Me iluminaban con un foco desde un helicóptero, parecía como si se hubiera hecho de día por arte de magia. Dieron con la luz eléctrica en mi rostro.

Mi padre estaba allí, acompañado por el cónsul español en Chicago y varios policías y otras autoridades internacionales de carácter impreciso.

Mi padre es nonagenario, pero goza de una salud envidiable. Se reía cuando salí del agua. Me presentó al cónsul, que iba acompañado de una secretaria de unos cincuenta años, la cual se llamaba Inmaculada. Mi padre dijo: «Mi hijo es un excéntrico, un creador de espectáculos inútiles, un performer, ¿saben ustedes?». Mi padre nonagenario estaba fumando un Montecristo. «Me los hago mandar directamente de La Habana», dijo mi padre. «Sécate con la toalla, no te vayas a constipar», siguió diciendo. «Anda, dame un beso, camarada.» A mi padre a veces le gusta llamarme «camarada». Yo prefiero que me llame «comandante». Se lo he dicho mil veces: «Papá, te lo he dicho mil veces, llámame comandante», pero pasa de mí y me sigue llamando «camarada», que tampoco está tan mal, creo.

Mi padre nos invitó a cenar en el restaurante Alinea, el más caro de Chicago y de los más caros del mundo. «Me gustan estas cosas que hace mi hijo, yo lo suelo seguir sin que se dé cuenta, son como chiquilladas, y eso que mi chico ya es un hombre de setenta y tres años, lo tuvimos de jovencitos.» El cónsul devoraba una lindísima langosta africana. El cónsul era un sevillano de unos cuarenta años. Corregí a mi padre. «Papá, tengo setenta y siete años y tú, noventa y cinco.» Mi padre dijo: «Es una pena que estos policías americanos no hayan aceptado mi invitación a cenar». Mi padre es un hombre poderoso; sí, muy poderoso. Su imperio económico es casi una abstracción, un orden conceptual que viene del futuro. Llevamos mucho tiempo así, persiguiéndonos por todo el planeta. El origen siempre es Madrid. Yo hago una maleta y salgo disparado hacia alguna parte remota de este mundo; automáticamente, mi padre se entera. Que cómo se entera: muy sencillo, hace ya muchos años me ingresó en una clínica de lujo e hizo que me instalaran un chip con un GPS muy sofisticado en la muñeca derecha. Es imposible deshacerse de él a no ser que te corten la mano, y no hay garantías de que con eso sea suficiente: el chip se va ramificando, y es posible que ascienda por las venas del brazo, según me dijeron. Ya me da igual esto. Me hablaron de que me lo podía quitar con nitrógeno líquido. Bah, poco me importa a estas alturas, y me hace gracia que el chip despierte a mi padre a las tres de la mañana, según el horario que yo elija para mis absurdos viajes.

«Papá, ¿son absurdos mis viajes?», le pregunto.

Papá dice: «Oh, Benito —me llamo Benito—, tus viajes son exquisitos y disfrutamos de tan buena forma física los dos que estos maravillosos viajes transoceánicos me ponen de un excelente humor; además, querido Benito, llevo toda la vida cuidándote; desde que murió tu santa madre hace ya ochenta años, ¿no?, porque siempre has necesitado cuidados extremos, hijo mío».

Ahora caigo en la cuenta de que mamá murió hace ya noventa años. «No, Benito, hijo mío, tu madre murió hace doscientos cincuenta años, ay, ya no te acuerdas, claro, cómo ibas a recordarlo, si cuando Adela —así se llamaba mi madre— falleció

tú eras un rinocerontito de cincuenta y nueve años», y papi se echa a reír, con estas bromas tuyas, tan surrealistas. He de decir que estas bromas no le hacen gracia a nadie, solo a él, y precisamente eso consigue que todavía se ría más.

Un onanismo cómico.

Qué bonito es Chicago.

Qué bien funciona el GPS en mi sangre.

Siempre mi papá detrás de mí.

«Papi, ¿qué te parece mi nueva teoría de las veinticuatro horas?», pregunté. Y mi padre ya no contestó. Se quedó dormido a la hora del postre.

Dejé durmiendo a mi padre en la silla del restaurante; previamente había forzado la retirada del cónsul y su secretaria. Les dije, en un momento en que mi padre fue a los magníficos lavabos del Alinea, que necesitaba hablar a solas con él. Se fueron, no sin antes agradecer la invitación unas setecientas veces, pues en su vida habían cenado en uno de los mejores restaurantes de Estados Unidos y, por tanto, del mundo. Un poco después de que se marchasen el cónsul y su secretaria, mi padre se durmió. Les ordené a los camareros que dejaran que mi padre durmiera plácidamente en la silla del restaurante. Les di una propina de mil dólares; los mil dólares los extraje de la cartera de mi padre.

Me fui a mi hotel. Mi padre me mandó un guasap cuando entraba en la habitación de mi hotel. Decía: «Sé dónde estás, hijodeputa». Me fui directo al lavabo. Estaba pensando en la libertad, en qué es la libertad, en qué es la libertad humana. ¿Existe la libertad de los hombres? Me senté en la taza del váter. Me alivié, tristemente. Tiré de la cadena: esos fabulosos inodoros estadounidenses en donde las deposiciones suben a la superficie, víctimas de un terrorífico torbellino de agua, y en ese instante noté la mano de mi padre en mi hombro.

Los dos estábamos contemplando ese momento definitivo.

Allí estaban ellas, luchando contra las aguas, a punto de ser tragadas por el remolino. Pero hay un instante resplandeciente y espectacular, que se da especialmente en los váteres americanos, esos segundos del desperdicio sobre la superficie de las aguas. Y yo contaba, en ese instante, con la compañía de mi padre, el cual dijo: «Son hermosas, parecen duras, muy alargadas y gruesas, como las de tu padre cuando tenía tu edad». Yo le dije: «Creía que seguías durmiendo en la silla del restaurante, ¿de dónde has sacado la llave de mi habitación?, pensé que este era un hotel serio, pero ya veo, papi, que te enrolla estar en todas partes».

Mi padre rió y dijo: «Mira, ya se marchan, ya se las lleva el remolino, la fuerza del agua americana camino del lago Michigan, donde se convertirán en espuma helada con sabor a vainilla».

Y nos reímos mucho los dos. Porque ya no éramos seres humanos. Ya nos habíamos convertido en dos rinocerontes enamorados.

Y yo le dije: «¿Te apetece probar, papá?». Y papá se sentó en la taza del váter. Hizo unas deposiciones notables. Tiramos de la cadena y papá y yo miramos otra vez esa indecible ceremonia del adiós, esa exhibición de las heces al flotar sobre el agua como si fuesen las tres carabelas de Colón, y al segundo su total desaparición.

«¿Adónde irán estas?», preguntó papá.

«Al lago Michigan, todo va al lago Michigan, claro, en veinticuatro horas estarán en el lago Michigan.»

«Una gran teoría, hijo mío, la de las veinticuatro horas; por cierto, ¿qué te han parecido mis deposiciones?»

«Gigantescas y humildes, bélicas, poderosas, gruesas, firmes, duras, crujientes, honestas y leales, internacionales y cosmopolitas, cultas y culpables, dignas de un rinoceronte prehistórico», dije yo.

«Las fabrico más o menos cada veinticuatro horas», dijo papá.